

No es cosa de ahora, pero la crisis ha puesto en evidencia un problema de gran trascendencia para España en el medio y largo plazo: nacen muy pocos niños. Sólo 1,3 por mujer, es decir, la tasa más baja del mundo. La escasa fecundidad, combinada con el retorno de los emigrantes a sus países de origen, ha provocado que por primera vez en la historia reciente la población española haya descendido durante dos años consecutivos

FERNANDO SAIZ

Alerta roja, nos faltan niños

Los países que desarrollan políticas de natalidad y de igualdad muy activas, como Francia y Reino Unido, están cerca de los dos hijos por mujer, igual que Estados Unidos.



Aristóteles, Confucio, Maquiavelo, Malthus, Russell, Einstein, Keynes, Asimov... A lo largo de la historia, algunas de las mentes más brillantes que ha dado el mundo han advertido contra los serios problemas que la sobrepoblación acarrea para el bienestar de los pueblos.

Hoy en día, las cosas han cambiado bastante. Aunque en algunos países o áreas geográficas persisten las dificultades asociadas al exceso de natalidad, en los países desarrollados el problema es justamente el contrario: nacen muy pocos niños.

La consecuencia del bajo índice de fecundidad es doblemente negativa. Por un lado, la población tiende a aumentar muy lentamente, e inclu-

so a decrecer, lo cual supone una amenaza para el crecimiento económico, ya que en el futuro habrá menos personas en disposición de trabajar. Por otra parte, con tan pocos nacimientos la población envejece: la pirámide demográfica se adelgaza por su base, mientras que en sus tramos altos cada vez hay más gente como consecuencia de la mejora en las condiciones de vida y de los avances de la medicina.

Ambos efectos forman una pinza perversa que pone en riesgo el Estado del Bienestar de los países desarrollados, puesto que se generan menos recursos y a largo plazo hay más obligaciones sociales que atender, por más que en el corto pla-

zo el descenso o el estancamiento de la población pueda aliviar transitoriamente la presión sobre servicios como la sanidad o la educación.

España es el vivo ejemplo de esta negativa evolución demográfica. Junto a otros diez países (entre ellos, Portugal y Grecia), tiene el índice de fecundidad (o fertilidad) más bajo del mundo, con solo 1,3 hijos por mujer, muy lejos de la tasa de reemplazo generacional, que se considera está en 2,1 niños.

Esto no es nuevo. Los bajos índices de natalidad en España se han ido incubando durante décadas, al compás de la aproximación de los niveles de vida y los hábitos de los españoles a los estándares euro-

peos. En 1975 el índice de fecundidad era de 2,8 hijos por mujer, y fue disminuyendo progresivamente hasta marcar un mínimo de 1,15 en 1998. La tasa remontó hasta el 1,44 en 2008, y desde entonces ha vuelto a descender hasta el 1,32 de 2012, seguramente como consecuencia de la crisis. La progresiva incorporación de la mujer a la vida laboral y el consecuente retraso en el nacimiento del primer hijo (que ya está en 31,6 años de media) tuvo durante todo ese tiempo un impacto muy negativo en los índices de fertilidad. Lo que ocurría es que hasta ahora no se notaba porque la afluencia de inmigrantes hacía que la población siguiera creciendo de forma constante, e incluso a un ritmo espectacular en las etapas de alto crecimiento económico.

Un problema al descubierto. Pero la crisis económica ha puesto el problema al descubierto en toda su crudeza. Lo inmigrantes no solo no vienen sino que se van, y el resultado es que la población española ha empezado a caer. Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), el número de habitantes bajó en 2013 por segundo año consecutivo. El 1 de enero de 2014 vivían en España 46,507 millones de personas, frente a los 46,727 millones de 2012, lo cual ofrecía un saldo negativo de 220.130 habitantes. Esta pérdida de población se ha acelerado respecto a 2012, el primer ejercicio del siglo con signo negativo, cuando el descenso fue de 91.000 habitantes.

Si descomponemos esas cifras vemos que todavía hay más nacimientos que muertes (lo que se denomina el movimiento vegetativo), aunque por muy poco margen. En 2013, esa diferencia fue favorable en 36.719 personas. La caída de la población obedece, por tanto, al saldo migratorio negativo. El año pasado se fueron de España 256.849 personas, de las cuales más del 80 por ciento eran extranjeros, que presumiblemente regresaron a sus países



La afluencia de inmigrantes hacía que la población siguiera creciendo de forma constante, e incluso a un ritmo espectacular.

de origen ante la falta de expectativas laborales en España.

Por comunidades autónomas, la caída de la población fue generaliza-

Seis comunidades piden al Gobierno que actúe

Las comunidades autónomas de Extremadura, Asturias, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Galicia y Aragón han formado un grupo interterritorial de reflexión sobre el cambio demográfico. En su último encuentro, celebrado en Mérida (Badajoz) las comunidades integrantes pidieron al Gobierno y a la Unión Europea que intervengan para frenar el problema de la caída de la población. No es una reclamación casual. Todas las autonomías del grupo, con la única excepción de Castilla-La Mancha, tuvieron en 2013 un saldo vegetativo negativo (más defunciones que nacimientos) y todas ellas también registran, según los últimos datos del INE, una tasa de fertilidad inferior a la media nacional, lo cual las convierte en serias candidatas a la despoblación y al envejecimiento demográfico. La preocupación tiene también una raíz presupuestaria, ya que el volumen de ingresos del actual sistema de financiación autonómica está vinculado, en una parte importante, al número de habitantes.

Solo hubo crecimiento en Canarias y Baleares. Las que más habitantes perdieron en términos relativos fueron La Rioja, Cataluña y Castilla y León, con descensos próximos al 1 por ciento. En siete comunidades autónomas, además, el saldo vegetativo fue negativo, es decir, que el número de nacimientos no alcanzó a compensar el de defunciones: Cantabria, Extremadura, Asturias, Castilla y León, País Vasco, Galicia y Aragón (ver información adjunta).

El espejo deformado de Europa.

La evolución de la demografía en España se enmarca dentro de la pérdida de impulso del movimiento vegetativo en Europa, pero más agravada. Es como si los españoles se hubiesen fijado en el espejo europeo, pero deformando la imagen hasta hacerla irreconocible. Porque Europa tiene problemas de natalidad, pero no tan acuciantes como los de España. Los últimos datos de fertilidad indican que en la Europa de los 28 cada mujer tiene 1,6 hijos, lo cual está lejos de la tasa de 2,1 hijos que se considera necesaria para reponer la población de forma natural, pero también claramente por encima del índice de 1,3 de las mujeres españolas. Además se observa una cierta tendencia a la mejora, ya que en 2006 la Unión Europea marcó un mínimo de 1,4 hijos por mujer.

En Níger, siete niños por mujer

La media europea de fertilidad encubre, no obstante, tendencias muy distintas. Los países del sur y del este, y también Alemania, tienen tasas muy bajas, mientras los escandinavos, que desarrollan políticas de natalidad y de igualdad muy activas, Francia y Reino Unido están cerca de los dos hijos por mujer, igual que Estados Unidos.

Pero si Europa da síntomas de mejoría en lo que respecta a los nacimientos, en el otro extremo de la pirámide demográfica la evolución apunta claramente al envejecimiento de la población. Desde 1960, la esperanza de vida europea ha aumentado en cerca de nueve años, y se espera que siga esa misma progresión, o ligeramente más lenta, a medio y largo plazo. En España, el proceso de envejecimiento ha sido incluso más acelerado, ya que la esperanza de vida se ha incrementado en esos mismos nueve años (de 73 a 82 años) pero en un plazo más corto, desde 1975, si bien se ha llegado ya a un punto en el que parece difícil que ese indicador siga aumentando significativamente.

¿Un proceso irreversible? Algunos expertos demógrafos consideran que la pérdida de vigor del movimiento vegetativo y el envejecimiento de la población son procesos difícilmente reversibles porque están asociados a la modernización de la sociedad. Pero eso no significa que no se pueda actuar para paliarlos.

¿Cómo? La gama de medidas es amplia, pero si atendemos a la práctica internacional hay que fijarse en las políticas de familia de los países nórdicos europeos, que en la última década han conseguido remontar sus índices de fecundidad mediante políticas no tanto de estímulo de la natalidad como de eliminación de las barreras que la dificultan. Porque no se trata de que la gente no quiera hijos (en España, desde hace 30 años, el ideal de las parejas es tener dos niños, y en Europa el 87 por ciento también se inclina en sus preferencias por dos o

Si España está entre los países con menor índice de fertilidad, los países africanos destacan, en general, por todo lo contrario. El caso más extraordinario es el de Níger, donde según las estadísticas del Banco Mundial cada mujer tiene durante su vida, en promedio, 7,6 hijos, es decir, seis veces más que en España. La elevada tasa de fertilidad de Níger se explica por sus precarias condiciones de salud y la reducida esperanza de vida de sus habitantes (54 años), que obligan a tener muchos niños, muchos de los cuales no llegan a la edad adulta, para mantener el equilibrio en la economía familiar. Otros países africanos con altos índices de fecundidad son Mali (6,90 hijos por mujer), Somalia (6,70) y Chad (6,40), con problemas similares a Níger. China, el país más poblado del mundo, ha aplicado con éxito políticas de control de natalidad y su índice de fertilidad se ha reducido a 1,70 hijos. En India también ha bajado hasta 2,50. Entre los países desarrollados, Israel es el que tiene el mayor número de nacimientos por mujer (3,0).

más hijos) sino de que criarlos resulta muy costoso, en términos económicos, personales y profesionales.

Por eso en los países nórdicos se ha reforzado la política de igualdad de género con permisos pagados tanto para la madre como para el padre, ya que se considera que la implicación de este en la vida familiar es básica para que las parejas se animen a tener hijos. En Islandia, por ejemplo, la madre dispone de tres meses de permiso laboral pagado; el padre, otros tres, y tres meses más son compartidos por ambos. Asimismo, facilitar el cuidado de los hijos en la etapa preescolar (de 0 a 3 años) es un factor determinante que también ha funcionado muy bien en países como Noruega o Dinamarca, ya que permite a los padres ser plenamente activos en el mercado laboral.

No culpes a la demografía, culpa al paro. Entre los demógrafos hay por otra parte una corriente de opinión que se rebela contra la tesis, bastante extendida, de que la evolu-

ción demográfica nos condena a un horizonte con una economía más pequeña, menos competitiva y con menos prestaciones sociales. Algunos expertos señalan que lo importante ahora mismo no es tanto la población activa (el colectivo de las personas en edad de trabajar, el más afectado por la crisis de nacimientos) como la población ocupada, es decir la que efectivamente tiene trabajo, ya que de ella depende el sostenimiento de la economía y del Estado del Bienestar.

En esa línea, Teresa Castro, demógrafa del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), apunta que el paro es el principal problema que tenemos que resolver para paliar los efectos del inevitable envejecimiento de la población. En una entrevista publicada en la web del CSIC, Castro dice que hay mucho margen para actuar sobre la proporción de la población que está ocupada y que cotiza. "En España la edad de entrada en el primer trabajo es muy tardía respecto al resto de Europa. Tenemos además un alto porcentaje de jóvenes, y no tan jóvenes, con trabajo precario, en el que apenas se cotiza, y todavía queda un nicho de mujeres que no se incorpora al mercado laboral formal", afirma. Sobre esas lagunas habría que tomar decisiones políticas, ya que la sostenibilidad del Estado del Bienestar "realmente depende de la población ocupada; de la población activa también, pero más a largo plazo". ●

La consecuencia del bajo índice de fecundidad es doblemente negativa y pone en riesgo el Estado del Bienestar